

El currículo en Colombia no está diseñado para la democracia, no enseña a pensar libremente

Juan Pablo Rivera Revelo¹

Cómo citar este artículo: Rivera-Revelo, J. P. (2025). El currículo en Colombia no está diseñado para la democracia, no enseña a pensar libremente. *Revista Biumar*, 9(1), 70-74. <https://doi.org/10.31948/rb.v9i1.5082>



Fecha de recepción: 9 de noviembre de 2025

Fecha de aprobación: 11 de noviembre de 2025

Resumen

En este artículo se presenta una crítica sobre el modelo curricular colombiano, debido a su enfoque en estándares y lineamientos oficiales, los cuales han provocado una desconexión entre la escuela y la realidad social. Esto ha limitado la formación de ciudadanos críticos y ha reducido la educación a un proceso instrumental que reproduce las ideologías dominantes. Frente a ello, se propone una educación democrática y emancipadora, fundamentada en la libertad de pensamiento, la reflexión ética y el diálogo, e inspirada en autores como Freire, Zuleta y Kant. Desde esta perspectiva, las pedagogías críticas y las didácticas no parametrales se presentan como alternativas para transformar los procesos educativos mediante la participación, la creatividad y el pensamiento crítico, que orienten la escuela hacia la construcción de una democracia para la paz, en la que el aula se constituya en un espacio de reconciliación, respeto por la diversidad y formación de ciudadanos libres, empáticos y comprometidos con la justicia social.

Palabras clave: educación, democracia, autonomía, currículo, pedagogía, paz

¹ Magíster en Didáctica de la Lengua y Literatura Españolas, Universidad de Nariño.

The curriculum in Colombia is not designed for democracy; it does not teach free thinking

Abstract

This article critiques the Colombian curriculum model for its focus on official standards and guidelines, which have created a disconnect between schools and social reality. This has limited the development of critical citizens and reduced education to a process that merely reproduces dominant ideologies. In response to this, a democratic and emancipatory education is proposed, based on freedom of thought, ethical reflection, and dialogue, and inspired by authors such as Freire, Zuleta, and Kant. From this perspective, critical pedagogies and non-parametric teaching methods are presented as alternatives for transforming educational processes. These methods promote participation, creativity, and critical thinking. They guide schools toward constructing a democratic society based on peace. In this society, the classroom becomes a space for reconciliation and respect for diversity. It also becomes a space for forming free and empathetic citizens who are committed to social justice.

Keywords: education, democracy, autonomy, curriculum, pedagogy, peace

O currículo na Colômbia não é concebido para a democracia; não ensina a pensar livremente

Resumo

Este artigo critica o modelo curricular colombiano por seu foco em padrões e diretrizes oficiais, que criaram uma desconexão entre as escolas e a realidade social. Isso limitou o desenvolvimento de cidadãos críticos e reduziu a educação a um processo que apenas reproduz ideologias dominantes. Em resposta a isso, propõe-se uma educação democrática e emancipatória, baseada na liberdade de pensamento, na reflexão ética e no diálogo, e inspirada em autores como Freire, Zuleta e Kant. Nesta perspectiva, as pedagogias críticas e os métodos de ensino não paramétricos são apresentados como alternativas para transformar os processos educativos. Estes métodos promovem a participação, a criatividade e o pensamento crítico. Eles orientam as escolas para a construção de uma sociedade democrática baseada na paz. Nesta sociedade, a sala de aula torna-se um espaço de reconciliação e respeito pela diversidade. Torna-se também um espaço para formar cidadãos livres e empáticos, comprometidos com a justiça social.

Palavras-chave: educação, democracia, autonomia, currículo, pedagogia, paz

Desarrollo

En la actualidad, el desarrollo curricular en las instituciones educativas colombianas, sustentado en los lineamientos y estándares básicos de competencias del Ministerio de Educación Nacional (MEN), ha generado un distanciamiento entre la escuela y la realidad social, regional y nacional. Este desfase ha producido estudiantes que no desarrollan una capacidad crítica ni reflexiva y, en consecuencia, no se interrogan por su entorno ni por su comunidad. Dichos estudiantes —quienes no son responsables de ello— tienden a centrarse únicamente en la realización económica personal, bajo la lógica de la competencia individualista del «sálvese quien pueda».

La educación, en lugar de humanizar, se ha instrumentalizado como un aparato ideológico del Estado, en el cual el maestro actúa muchas veces como agente de la ideología dominante. Una formación discursiva no es ajena a la lucha de clases, ya que el discurso pedagógico está íntimamente vinculado con las estructuras ideológicas y su reproducción. Esta ideología de sometimiento se consolida a través del discurso educativo, el cual funciona como una práctica política de dominación. De esta manera, se obstaculiza la reflexión crítica sobre el conocimiento, el saber y el aprendizaje, tanto del estudiante como del maestro.

El discurso que prevalece es el de los vencedores, es decir, el pensamiento hegemónico que privilegia la información sobre la formación del pensamiento propio. En consecuencia, se pierde la relación dialógica entre educador y educando, vínculo esencial para la construcción del pensamiento autónomo y democrático. Una sociedad conformada por individuos que piensan por sí mismos es una sociedad capaz de autodeterminarse, sin delegar en otros la responsabilidad de sus propios asuntos.

Como afirma Zuleta (2010):

Mientras el alumno y el profesor estén convencidos de que hay uno que sabe y otro que no sabe, y que el que sabe va a informar e ilustrar al que no sabe, sin que el otro, el alumno, tenga un espacio para su propio juego, su propio pensamiento y sus propias inquietudes, la educación es un asunto perdido. (p. 12)

La educación democrática exige la demostración y el diálogo, no la imposición ni el dogmatismo. Demostrar implica reconocer la igualdad del otro, mientras que imponer responde a una relación jerárquica de poder.

Aprender a pensar por sí mismo, como lo plantearon Descartes (2009) en su duda metódica y Kant (1994) en su célebre frase *Sapere aude* (atrévete a saber), constituye el fundamento de una educación emancipadora. Ambos invitan a cuestionar los modos tradicionales del aprendizaje y proponen una enseñanza que forme maestros y estudiantes pensadores, investigadores y creadores. Ser libre en el pensamiento implica asumir una responsabilidad moral que no siempre se está preparado para enfrentar, pues se ha delegado históricamente la libertad a otros, de manera consciente o inconsciente.

Para Sartre (1946/2006), «el hombre está condenado a la libertad». Esa condena conlleva la angustia de decidir y asumir las consecuencias de los actos. Ser libre implica ser responsable de los aciertos y fracasos, solo en esa medida se puede alcanzar una auténtica realización humana.

En el currículo oficial colombiano, el MEN plantea que las instituciones deben formular Proyectos Educativos Institucionales (PEI) y proyectos pedagógicos transversales que aborden temas como la democracia. Sin embargo, en la práctica, estos proyectos se desarrollan como simples requisitos formales para la acreditación institucional, que reducen la democracia a la acción de votar. Falta, por tanto, una reflexión profunda sobre el significado de la democracia y su relación esencial con la educación.

Una educación verdaderamente democrática debería formar sujetos capaces de pensar con autonomía, irreverencia, humor y amor. La democracia se construye desde la pluralidad de posturas, no desde la polarización. Se trata de reconocer al otro como un igual diferente, con quien se puede dialogar y construir colectivamente una sociedad más justa, libre y solidaria.

El problema del currículo democrático se relaciona estrechamente con la transversalidad educativa, expresada en áreas como la educación moral y cívica, la educación para la paz, la igualdad de oportunidades, la salud, la sexualidad, el



medioambiente, la educación del consumidor y la educación vial. Estas temáticas responden a problemáticas sociales relevantes y buscan fomentar la sensibilidad y el compromiso ético de los estudiantes, y contribuir al desarrollo integral de las comunidades educativas.

Desde esta perspectiva, los diseños curriculares actuales deberían formar ciudadanos no solo para roles productivos, sino también para la tolerancia, la convivencia pacífica, la participación ciudadana, el respeto por los derechos humanos y la sostenibilidad ambiental. Sin embargo, la democracia, como eje transversal del currículo, aún no se desarrolla de manera efectiva en las instituciones educativas, ya sea por falta de tiempo o por la priorización de otros aspectos considerados más importantes.

Ante esta situación, las instituciones educativas deben promover el desarrollo de un currículo democrático que involucre activamente a toda la comunidad educativa en la consecución de fines compartidos, tanto educativos como sociales. El objetivo es formar estudiantes y ciudadanos libres, respetuosos de la diversidad de pensamiento y responsables en su labor docente y social, de esta manera, promover una sociedad más democrática.

En este sentido, la implementación de las pedagogías críticas y las didácticas no parametrales representa una ruptura con los modelos tradicionales de enseñanza que conciben al estudiante como un receptor pasivo del conocimiento. Su importancia radica en que promueven una educación liberadora, reflexiva y transformadora, orientada a formar sujetos autónomos, conscientes y participativos, capaces de interpretar críticamente su realidad y de intervenir activamente en su transformación social.

Desde las pedagogías críticas, inspiradas en autores como Paulo Freire, Henry Giroux o Peter McLaren, se plantea que el acto educativo no puede reducirse a la simple transmisión de contenidos, sino que debe entenderse como un proceso dialógico donde el conocimiento se construye colectivamente a partir de la problematización del mundo. Este enfoque permite que la educación se convierta en una práctica de libertad, en la que el estudiante asume una postura crítica frente a las estructuras de poder, la cultura dominante y los discursos hegemónicos que moldean el pensamiento y las relaciones sociales.

Por su parte, las didácticas no parametrales se apartan de los métodos estandarizados y rígidos que suelen imponer los sistemas educativos tecnocráticos. En lugar de seguir parámetros uniformes, estas didácticas reconocen la diversidad de contextos, ritmos, estilos de aprendizaje y realidades socioculturales de los estudiantes. Su objetivo es flexibilizar el proceso de enseñanza-aprendizaje y adaptarlo a las necesidades y experiencias de los participantes, con el propósito de favorecer la creatividad, la investigación y la autonomía cognitiva.

En los procesos de formación académica, especialmente en la educación superior, ambas perspectivas se complementan al promover un aprendizaje significativo y crítico, en el que el estudiante no solo adquiere conocimientos, sino que también desarrolla la capacidad de cuestionar, argumentar, dialogar y proponer alternativas. Este tipo de formación fomenta la participación activa, la corresponsabilidad y la construcción colectiva del saber, que fortalece la relación entre teoría y práctica, entre escuela y comunidad.

De este modo, las pedagogías críticas y las didácticas no parametrales contribuyen al desarrollo integral del ser humano y al fortalecimiento de la democracia, pues invitan a pensar, sentir y actuar desde la libertad, la solidaridad y la justicia social. Su implementación en los procesos educativos constituye, por tanto, un compromiso ético y político con la emancipación del pensamiento y con la construcción de una sociedad más equitativa, consciente y humanizada.

Si bien la educación no puede resolver por sí sola, sí puede ser el punto de partida para transformar el pensamiento. Desde las aulas, es posible emprender una búsqueda constante de reflexión sobre el sentido de la educación como ejercicio de libertad y de democracia.

Solo a través de una educación dialógica y comunicativa crítica se podrá avanzar hacia la construcción de una sociedad más humana y consciente. Democracia y educación comparten un mismo propósito: mejorar las condiciones de vida, de pensamiento y de relación entre los ciudadanos, bajo la convicción de que el ser humano es perfectible.

Desde esta perspectiva, la democracia debe entenderse no solo como un sistema político o un procedimiento electoral, sino como una práctica cotidiana orientada a la convivencia, la justicia y la paz. En el contexto colombiano, marcado por décadas de conflicto social y armado, la educación tiene un papel fundamental en la construcción de una democracia para la paz. Una educación dialógica promueve el reconocimiento del otro, el respeto por la diferencia y la búsqueda de soluciones a través del diálogo y la comprensión mutua, en lugar de la imposición o la violencia.

Educar para la paz implica enseñar a los estudiantes a escuchar, a disentir sin destruir, a resolver los conflictos mediante la palabra y no por la fuerza. En este contexto, la escuela se convierte en un laboratorio social donde se ensayan prácticas democráticas reales, basadas en la empatía, la corresponsabilidad y el pensamiento crítico. En ella, el maestro deja de ser un transmisor de verdades absolutas para transformarse en un mediador del diálogo, en un constructor de puentes entre las diversas voces y memorias que habitan la nación.

La democracia para la paz exige una pedagogía que recupere la confianza en el otro y que forme ciudadanos capaces de comprender la complejidad del conflicto colombiano, sus causas históricas y sus impactos en las comunidades. Una educación crítica y humanizadora puede contribuir a desarmar los imaginarios de odio y exclusión que perpetúan la violencia, y favorecer la reconciliación y la construcción de una memoria colectiva incluyente.

En este sentido, el aula puede convertirse en un escenario de reparación simbólica, donde el conocimiento, la palabra y el arte se constituyan en herramientas de transformación y de sanación social. Solo así la educación podrá contribuir verdaderamente a una democracia que no solo garantice derechos, sino que también promueva la paz como una forma de vida y como horizonte ético de toda sociedad.

Referencias

- Descartes, R. (2009). *Discurso del método* (M. García, Trad.). Editorial Losada.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido* (30.ª ed.). Siglo XXI Editores.
- Giroux, H. A. (1990). *Los profesores como intelectuales: hacia una pedagogía crítica del aprendizaje*. Paidós.
- Kant, I. (1994). Respuesta a la pregunta: ¿qué es la Ilustración? *Revista Colombiana de Psicología*, (3), 7-10. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4895205.pdf>
- McLaren, P. (2005). La vida en las escuelas: Una introducción a la pedagogía crítica en los fundamentos de la educación (M. González, Trad.). Siglo XXI Editores.
- Sartre, J-P. (2006). *El existencialismo en un humanismo* (V. Praci, Trad.). Moro (Obra original publicada en 1946).
- Zuleta, E. (2010). *Educación y democracia: un campo de combate*. Editorial Hombre Nuevo.